

Ernesto Mallo

Los hombres te han hecho mal

El tercer caso del comisario Lascano

 Siruela

Nuevos Tiempos

Pero, en los estratos inferiores de la sociedad civilizada, sólo la escasez para la subsistencia puede poner límites a la continua multiplicación de la especie humana; y no lo puede hacer de ninguna otra manera que mediante la destrucción de gran parte de los niños que producen sus fructíferos matrimonios.

Adam Smith, *La riqueza de las naciones*

Las «chicas» se dividen en tres clases: «las locas sueltas», aquellas que trabajan por su cuenta; «las que tienen marido», es decir, un vividor; y «las que lloran», quienes llegan a la prostitución engañadas o secuestradas. En algún momento todas terminan siendo de «las que lloran».

Informante confidencial

La primavera de Buenos Aires es adolescente y temperamental. Frío, calor, lluvias repentinas, frío nuevamente. Hace varios años que el municipio no poda los plátanos. Frondosos como nunca, dejan caer una nevisca de esa pelusa que Lascano hace responsable de su congestión. Al acecho entre las sombras de esos árboles malvados, la nariz goteando, la mente embotada por los mocos y la visión traicionera, cada ráfaga le produce un temblor eléctrico. Trata de apaciguarlo cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro, lenta y repetidamente. Espera desde hace horas en el barrio dormido. No va a irse de allí, no va a dejarlo escapar. Se enciende la luz en una ventana de la casa que vigila. Acaricia la culata de su 9 mm, tibia y amartillada en la cintura.

La puerta se abre despacio. Lascano se pega a la pared. En la oscuridad del umbral apenas logra distinguir la silueta de Yancar. Le parece ver o adivina sus ojos de fiera procurando detectar a sus enemigos antes de salir. El hombre nunca se precipita. Lascano controla que no haya nadie en las esquinas, Gómez y su gente están a la vuelta, tensos, listos y desesperados. Saca la pistola, el brazo recto y pegado al cuerpo. El pulgar verifica que el percutor esté montado, el índice paralelo al cañón, el medio posado en el gatillo. Yancar se asoma. Con una mano dentro del saco, mira hacia uno y otro costado. Lascano contiene la respiración, aprieta la culata y se quita los zapatos casi sin moverse. Sale Yancar, cierra la puerta de la guarida, le echa llave y camina cuatro pasos hacia su derecha. Para, gira y

emprende la marcha en sentido contrario. Agazapado, Lascano sigue a la figura borrosa que se sucede a través de las ventanillas mojadas de los automóviles. Pocos metros antes de llegar a la esquina, Yancar se detiene, parece olfatear algo en el aire, retoma la marcha, cruza la calle mirando hacia su izquierda. A su derecha, Lascano se sirve de la distracción para esconderse tras el tronco veteado como la piel de un lagarto, justo detrás de donde Yancar pasará en un instante. Levanta la pistola, encaja la mira en su nuca. Lo tiene.

Quieto, Yancar.

La voz, seca y clara en la noche, es la señal que hace emerger al resto de los policías. Yancar se congela. Su espalda es un blanco perfecto.

Si te movés, te quemó.

Yancar levanta ambas manos abiertas hasta la altura de los hombros.

Tranquilo, no voy a hacer nada.

Lo rodean apuntándolo.

De rodillas.

Obedece. Apoyándole el cañón en la cabeza, Lascano le sujeta las manos. Gómez lo palpa. Le quita la Colt 38 plateada, que brilla como un sueño.

Manos atrás.

Cuando Lascano lo esposa, Yancar se vuelve y le clava la mirada en los ojos.

Caíste, Yancar. Todos caemos algún día.

Sin soltar la cadena que une las esposas, lo ayuda a ponerse de pie y se lo entrega a Gómez.

Llévatelo.

El patrullero se detiene junto a la vereda. Yancar es introducido en el asiento trasero. Con pie húmedo, Lascano desanda el camino en busca de sus zapatos. Se los calza y se ata los cordones apoyado en un guardabarros. Levanta la vista. Yancar se vuelve, lo mira y lo saluda con una inclinación de cabeza. Por la esquina aparece el camión de la Guardia de Infantería. Lascano trota hasta el medio de la calle, alza una mano hacia él y con la otra se tapa la boca. Los policías, en traje de combate y portando escudos de plexiglás, bajan en silencio y forman dos filas. Dos hombres con escopetas se separan, corren hasta la guarida y se apostan uno a cada lado de la puerta. El resto, rápidamente, enfila detrás de ellos. Ramírez se acerca con la parsimonia propia de los gigantes, su corpulencia exagerada por la armadura antibala de *kevlar*. Lascano cabecea hacia la entrada y se coloca detrás de él. Ramírez toma posición, levanta el ariete y se vuelve. El Perro, con la mirada fija en la puerta, ordena:

Dale, de una.

Ramírez ejecuta un *swing* de bailarín y estrella el ariete contra la madera. Estallido. Una de las hojas cae formando un puente en los escalones, la otra se raja al medio. Ramírez gira y se recuesta contra la pared, Lascano da un salto y se precipita por el pasillo, pistola al frente. Detrás, la tropa. Corre, pateo la puerta vidriada para encontrarse frente a frente con un hombre. Lo reconoce de inmediato. Está en calzones, armado y apuntándole.

¡Quieto, Marciano!

El tipo dispara al tiempo que el Perro se agazapa, lo señala con el cañón de su pistola y gatilla. El impacto, encima del ojo derecho, lo voltea como si fuera un pelele de parque de diver-

siones y lo pone a desangrarse en el suelo. Lascano da un grito de rabia.

¡Quieto te dije, la puta que te parió!

Se vuelve.

¡A ver, la ambulancia!

Odia la situación. Para Lascano, tirar a matar, sin pasión y aun para defender la propia vida, es un trance que lo llena de amargura. Mira a su alrededor. Se aproxima a una habitación cerrada, sus hombres lo cubren con las escopetas alzadas. Abre con cautela, está a oscuras. Se asoma fugazmente. No pasa nada. Adentro se escuchan sollozos. Un sargento le alcanza una linterna. En el recorte circular del foco, sobre un camastro, contra la pared, tres menores se abrazan y lloran. Lascano enfunda la pistola.

Tranquilas, pibas, está todo bien.

Amanece.